

## FRESCOS PREHISTÓRICOS DE TIRIG (CASTELLÓN DE LA PLANA) <sup>(1)</sup>

**E**s verdaderamente sensible que un campo de investigación tan abundoso como esta provincia, sea tan poco conocido por los arqueólogos y artistas.

Sólo la casualidad se encarga alguna vez de exteriorizar restos de primitivas civilizaciones que demuestran la importancia que la región alcanzó en las más remotas edades. Del hallazgo más reciente vamos a ocuparnos sólo a título de meros narradores.

A nadie se le oculta que las nieblas prehistóricas son aún tan densas que difícilmente pueda uno orientarse para tratar sin la ayuda de la hipótesis de las edades primitivas.

Careciendo de la facultad retrospectiva de poder apreciar el pasado, estableciendo entre el ayer y el hoy una íntima conexión ante los ojos del espíritu, hay que aceptar lo que parece vislumbrarse con más exactitud, desde que a mediados del pasado siglo comenzaron los estudios de la arqueología primitiva, ayudados eficazmente por la geología, la paleontología y la antropología. Sin las cuales, no se hubiera penetrado jamás en los dominios de lo pretérito, pues ni la convencional historia, ni la deficiente cronología, ni las tradiciones, bastaban para escrutar en los nebulosos horizontes geológicos los restos de la humanidad primitiva.

Por lo que afecta a España, y especialmente a nuestra región, la hipótesis que consideramos más fundamentada, es la de que al ser invadida el Asia en tiempo de los Vedas por los Aryas, lo fué también la Europa y sobre todo las costas del Mediterráneo por las tribus Xandolas, según unos, y Beribraces, según otros.

No existiendo la navegación en aquella época, hay que aceptar la creencia de Carlos Rudy <sup>(2)</sup> y del Sr. D. José Ramón Mélida, de que en los remotos tiempos geológicos, nuestra península estaba unida al continente africano, lo propio que Córcega, Cerdeña y las Baleares.

Era nuestro suelo, terreno apropiado por su clima, fauna y bosques, para aquellas tribus nómadas que, dedicadas al pastoreo—como todos los pueblos primitivos,—sólo se alimentaban de la caza y de la leche.

Aquellos aborígenes llamados por algunos autores Iberos, no tardaron en verse hostilizados sucesivamente por los Ligures, Tartesios, Libios y Celtas, tribus también montaraces y guerreras con las que lucharon primero, durante un larguísimo período de tiempo, y se fundieron después, constituyendo la gran familia Celtibera que pertenece ya al crepúsculo de la historia.

Durante el citado período de sucesivas inmigraciones, los hombres primitivos, salvajes e irreductibles, se retiraron a la parte montañosa, de la que luego se llamó Ilercavonia, donde su civilización embrionaria y su instinto de conservación los relegó a vivir en cuevas inaccesibles, y a defenderse de las tribus hostiles, construyendo *Nuraghes* en las alturas que dominaban la confluencia de los barrancos, únicos caminos en aquella época <sup>(3)</sup>.

(1) La publicación de este artículo se ha retrasado por exigencias de composición del presente número.

(2) Cerdeña prehistórica.

(3) De estas construcciones primitivas existen algunas en las Islas Baleares con el nombre de Talayots (atalayas) y en Cerdeña que las apellidan Nuragas.



Eran los Nuraghes, recintos cerrados por muros y baluartes de primitiva estructura, desde donde podían defenderse con piedras y flechas los que constituían la población indígena.

Los romanos los utilizaron luego como puntos de observación en las cercanías de sus vías militares; y aun después de 3.000 años se conservan vestigios de aquellas construcciones megalíticas en esta región: *La mola murada* de Chert, el *Tormasal* de Alcalá de Chivert, y las ruínas de *Monte Gordo* en Tirig, frontero a las cuevas de las que pasamos a ocuparnos.

Al tener noticia del hallazgo de una estación prehistórica en dicho término, resolvimos visitarla, no sin abrigar el temor de vernos defraudados por una de esas decepciones tan frecuentes a los que tenemos aficiones arqueológicas o artísticas.

La primera dificultad que se nos vino a las mientes, fué solucionada en el acto. ¿Qué mejor guía podíamos soñar para la empresa, que el buenísimo y erudito D. Manuel Betí, Arcipreste de San Mateo? Sus aficiones y la amistad con que nos distingue, eran garantía de éxito. A él nos dirigimos, y a las siete de la mañana del día 28 de Marzo, metidos en modesta tartana, nos encaminábamos hacia la antigua *Tiriche*, por el magnífico camino vecinal construído en varios trechos sobre la vía romana que unió a *Dertosa* (Tortosa) con Sagunto, pasando por Intivilis, Ildum y Spelacum.

Sin podernos sustraer a los requerimientos de la historia, y por una de esas inexplicables modalidades del espíritu, nuestro pensamiento saltó a través de los siglos, y los ojos del alma fantasearon que acompañábamos a los intrépidos Escipiones, cuando sembraban en España la semilla del Señorío de Roma.

Por esta misma vía—pensábamos—pasaron las legiones romanas comandadas por el joven Lucio Marcio cuando volvían vencedoras de Asdrúbal y del africano Masinisa, y... muchos siglos después, la cruzamos nosotros, aguijoneados por la infantil pretensión de vislumbrar el enigma perenne del pasado.

Dejando atrás el remozado pueblo de Tirig, comenzamos a ver esparcidas algunas cabañas formadas con piedras, y en forma de conos truncados, albergues de construcción moderna, pero que conservan la forma de las ibéricas.

Antes de que el camino llegara al barranco de Vall-torta, dejamos el vehículo y comenzamos un penoso descenso por los acantilados del N. E., dejando atrás el *Plá del Más Nou*.

Después de media hora de fatigosa marcha por aquella pedregosa ladera, llegamos a la cueva llamada de *Les Estavigues*, situada frente a Monte Gordo.

Consiste este abrigo —y no cueva—en una concavidad natural de ocho metros de larga y tres de profunda.

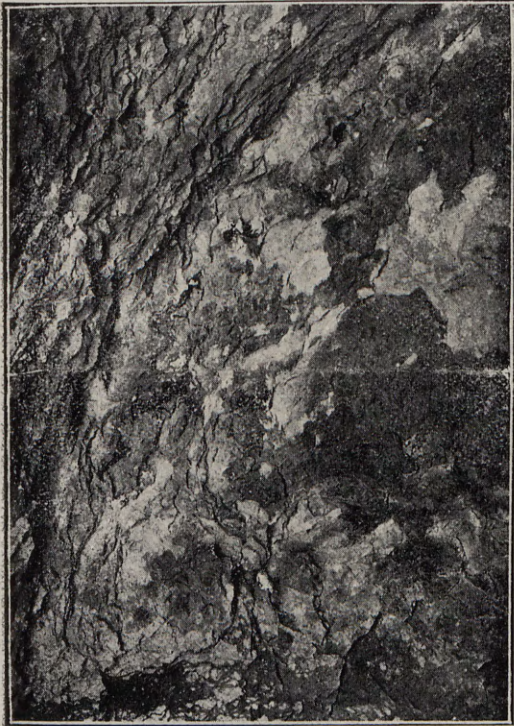
Obsesionados por el deseo de contemplar las pinturas rupestres objeto



2.—Vista de la cueva



de nuestro viaje, al poner el pie en aquella oquedad sentimos una decepción, preguntándonos como ante aquellos vulgares acertijos ¿dónde está la pastora? Bajo aquella impresión fotografió el Sr. Arcipreste el fondo de la cueva.



3.-Lado izquierdo del fondo



4.-Lado derecho del fondo

Ayudados luego por el amable Vicario del pueblo D. José Puig, humedecemos las rocas, y como al llamamiento de un conjuro, fueron apareciendo paulatina-



5.-Pinturas del primer abrigo (Les Estavigues)



mente figuras de color rojo oscuro. De ellas, unas estaban completas, otras borrosas y muchas mutiladas, no por la acción del tiempo, ni de los agentes atmosféricos, que respetado habían aquellas pinturas milenarias, sino por la incultura de hombres que de reciente se han gozado en destruirlas.

Representan aquellos frescos, pintados sin preparación, escenas de caza y de pastoreo, en las que abundan los ciervos, toros y un ¿bisonte?, con algunas figuras humanas armadas de arcos y de flechas. La presentación del bisonte imprime un sello de antigüedad remotísima a las pinturas, porque el bisonte desapareció de España en los albores de la época ibérica, y como es natural, al ser reproducido por los hombres primitivos, era prueba evidente de que existía en esta región cuando se pintaron los frescos.

Inmediata a esta concavidad o abrigo hay dos más pequeños que debieron tener también pinturas parietales, de las que no quedan más que un toro que—cosa rara—no está de perfil, y otras figuras y signos borrados casi en absoluto.

Atendiendo a las indicaciones de nuestro amable guía marchamos hacia la cueva del *Badall*, y trepando jadeantes por aquellos acantilados, llegamos a una enorme grieta natural que divide las rocas hasta una profundidad de veinte metros. Al final de aquella pavorosa hendidura nos encontramos al borde de un corte de terreno de ochenta

o cien metros de alto, en el que había una estrechísima cornisa (single) por la que era indispensable pasar para poder ver la cueva.

6.—Pinturas del 2.º abrigo



7.—Vista del abrigo llamado del *Badall* o de los *Caballos*



Con el corazón encogido, hurtando la mirada de aquel precipicio y agarrándonos a los pequeños salientes de las rocas, llegamos al abrigo que en remotas épocas debió ser verdadera cueva a juzgar por las enormes piedras que hay en el fondo del barranco, seguramente desprendidas del lugar en que nos hallábamos. El hueco que resta, es de unos cinco metros de largo por tres de fondo y afecta la forma ovalada.

Una bocanada de aire frío, que imaginamos fuera la respiración del pasado, nos hizo retirar al fondo de la oquedad.

En este abrigo, como en el anterior, están tan difumadas las pinturas, que del fondo color oro viejo de las rocas apenas se destacan algunas manchas rojizas que no dan la sensación de figuras sino al someterlas a un lavado previo, tras el cual se destacan un momento brillantes, desvaneciéndose paulatinamente al irse secando, como si protestaran de que las hubiesen obligado a exteriorizarse después de tantos siglos, hombres desconocedores del objeto para que fueron pintadas.

A esa circunstancia se debe el haber permanecido ignorada la existencia de aquellos frescos, hasta para los mismos pastores que alguna vez utilizarían los refugios.

Los frescos de este abrigo, como los del anterior, están pintados utilizando tierras rojas mezcladas con grasas, son de la misma técnica, y obedecen al mismo canon que las pinturas de la Roca de los Cuartos en Cretas, de la Cueva de la Vieja en Alpera, y las de Cogul y Calapata. Frescos a conciencia estudiados por H. Brenil, Cabré, C. Rocafort y R. Huguet.

En todos ellos, los asuntos representados son escenas de caza en las que abunda—como antes digimos—la fauna primitiva.

Otra particularidad de las pinturas murales de Tirig, es la representación de la figura humana en variadas actitudes, ora tendiendo el arco para matar a los ciervos, ora persiguiendo a la caza; aquí en actitud de provocación o riña, allí hiriendo a un toro. Salvo la escena de la danza de Cogul, apenas existe el tipo humano en ninguna de las pinturas rupestres descubiertas.



8.—Frescos del interior del abrigo

Interesante es consignar la existencia en el fondo del abrigo de una gran estalactita no incrustada, sino superpuesta cubriendo parte de las figuras a las que garantiza una antigüedad indiscutible.

No avalora menos la importancia de estas pinturas el que aparezcan en ellas



perfectamente razonados los asuntos en forma más o menos rudimentaria, porque en las descubiertas en el mediodía de Francia y norte de España, las figuras están generalmente aisladas sin obedecer a idea determinada de composición.

En estas manifestaciones del arte cuaternario se observa que entre los dibujos de ciervos y ciervas hay varios de actitudes naturales y graciosas, salvo la colocación de los cuernos que resultan vistos de frente, mientras las figuras marchan de perfil, pudiéndose notar el gran desarrollo de ellos, como acusando el símbolo de su poder reproductor y evocación—según sus creencias—para atraer a los animales allí representados.

Los dibujos de la figura humana, aunque movidos, son mucho más infantiles y menos estudiados.

De todas suertes las pinturas paleolíticas conocidas son la manifestación primera del arte en la humanidad y tienen todas tal semejanza, salvo ligeras variantes en la representación del tipo humano, que no podemos considerarlas como arte indígena, sino como sello de la intuición estética del hombre primitivo. Pero es indudable que dentro de la semejanza, late un naturalismo y una perfección en las descubiertas en la región levantina, que presupone el gradual y progresivo desarrollo de un arte, que comienza en los frescos parietales de las cuevas y abrigos, se detiene en las magníficas estatuas del Cerro de los Santos, cuya misteriosa gravedad hierática subyuga tanto, como su vigorosa y franca ejecución, y acaba en la dama de Elche, que es la joya estatuaria ibérica, la representación más exacta de la hermosa mujer levantina, y la prueba más evidente de que con influencias o sin ellas, lo que pudo ser intuitivo en sus comienzos, como arte genuinamente indígena, es clasificado luego por los sabios.

Creemos ocioso advertir que al hablar de los iberos lo hacemos en sentido general, sin afirmar la unidad étnica de las tribus que poblaron España, las que no podemos considerar similares ni por sus razas ni por sus lenguas.

Existen también en aquellas pinturas algunos signos o manchas indescifrables para nosotros, que bien pudieron ser motivos de significación religiosa o símbolos de un culto zoolátrico grosero, pero intenso, que considerara sagrados aquellos lugares como destinados a las prácticas religiosas de su rito, que no podemos dudar que lo tuvieran.

En el hombre primitivo fueron las imágenes unidas a las ideas, y lo que imaginó o sintió con más intensidad su fantasía, lo juzgó maravilloso y sobrenatural, convirtiéndolo en mitos. El sol, la luna y los elementos personificados por nuestros aborígenes, fueron los padres de la mitología que subsistió hasta el Cristianismo en formas y manifestaciones diversas.

Entre los signos citados llama la atención uno que parece una cruz dentro de un círculo. No puede dudarse de que es un simbolismo, puesto que en las sepulturas de la época neolítica descubiertas en Almería y Granada, se hallaron muchos ídolos o amuletos en forma de cruz. Diagramas místicos de buen agüero, los llama Burnouf.

Verosímil es también la creencia del abate Breuil que, refiriéndose a signos parecidos de otras cuevas, los considera alfabéticos<sup>(1)</sup> o como los primeros esbozos del arte decorativo.

Sin negar que algunos de estos signos pudieran ser de rudimentario alfabeto, nos inclinamos a creer que fueran una inconsciente tendencia a la simetría para la ornamentación tan natural en los hombres primitivos, como en las actuales tribus salvajes. Tendencia que paulatinamente fué desarrollándose en líneas peculiares a su medio ambiente. La sucesiva transformación de los motivos ornamentales aun dentro del período neolítico se halla en las cavernas descubiertas en Francia y España, especialmente en la de Altamira, y en los refugios primitivos de Nueva Méjico, llamados ruínas de Chelly o de Casa Blanca, descritas

(1) El descubrimiento de la *Montaña escrita*, hecho por D. Juan Cabré, en la provincia de Teruel, robustece esta hipótesis.



por Jorge Whartan, y en el Hipogeo, de Malta, con sus estancias monolíticas decoradas, una con signos y rudimentarios motivos de color rojo y formas decorativas, y otras representando espirales combinadas.

Pero sea la que fuere la significación de esos signos y esas pictografías, hay que sospechar que pertenecen a dos períodos distintos: la edad llamada del Reno, perfectamente caracterizada por los trazos y figuras degeneradas o de reducción lineal, y la que pudiéramos llamar naturalista, en la que las representaciones parietales son escenas de costumbres que a pesar de su deficiente perspectiva, resultan bastante correctas en el dibujo.

Otro motivo de interesante estudio existe en el monte frontero a los abrigos donde se han descubierto las pinturas rupestres. Consiste éste en las ruínas ya mencionadas, de una construcción megalítica que parece confirmar la existencia en aquellos abruptos parajes de una estación prehistórica.

Los restos de alfarería, las hachas de piedra—*pedres de llamp*—el cráneo hallado por el Sr. Boscá, sabio profesor de Historia natural—según refiere D. Luis del Arco, en la bien escrita reseña que publicó *Diario de Valencia*, el 29 de Marzo último—y la moneda *Ibérica*, autónoma de Gelsa, encontrada por nosotros, robustecen la hipótesis indicada.



9.—Moneda: Anverso y reverso (1)

La población de Gelsa correspondió a los Ilergetas, y afirma Delgado, con el testimonio de Estrabon, Plinio y Ptolomeo, que era Colonia y tenía los apelativos honoríficos de *Victaix Julia*, iguales a los que disfrutó *Cartago Nova*.

En suma, el descubrimiento de los abrigos de Tirig, es de capital importancia. La Antropología, la Geología, la Arqueología, el Arte y la Historia tienen ancho campo de investigación y estudio. Y anteponeamos a todas la antropología anatómica, porque sin ella no hubiera tenido base científica la arqueología primitiva. Hasta que se han utilizado sus descubrimientos, todo lo actuado en el orden arqueológico ha resultado deleznable e impreciso.

Si como es de esperar, se hacen con inteligencia excavaciones, se procede a la clasificación de los objetos hallados, y se mide el cráneo encontrado, estudiando sus características, se podrá apreciar por él o por otros que se hallaren—trepanados o no—(2) si los aborígenes iberos eran *dolicocéfalos* de cráneo largo y estrecho, detalle que caracterizaba a la raza del período paleolítico o braquicéfalos, cuya forma craneana corta, denuncia la raza neolítica. De éstos se encuentran pocos en la época cuaternaria.

En los futuros trabajos se podrá apreciar con exactitud la verdadera constitución geológica de aquellos lugares. El espesor de la capa caliza. La dureza, especialmente en la superficie, donde la acción destructiva de los agentes de erosión, durante millones de años, no han permitido formar más que una cantidad insignificante de tierra vegetal. Y el motivo de las dislocaciones y roturas

(1) Anverso moneda: Cabeza a la derecha con tres delfines, dos delante y uno detrás. Reverso: Ginete con palma e inscripción. Anverso y reverso, gráfila de puntos.

(2) Un detalle del carácter religioso de los ritos en algunas tribus prehistóricas, era el clavetear los cráneos de los difuntos o atravesarlos por uno o varios clavos grandes, para matar al espíritu maligno que había hecho sucumbir al hombre.



de terreno que existen en las inmediaciones de las cuevas. Los sabios, y hasta los iniciados, podrán tener en sus manos y clasificar los restos de objetos primitivos que guardan los estratos geológicos en sus recónditas entrañas. Del período neolítico son los túmulos o montículos artificiales que conservan en confusa mezcla restos humanos, instrumentos y armas de piedra, conchas y trozos de alfarería.

De ese período, aunque más avanzado, son las cámaras sepulcrales mirando al Oriente, indicio del culto al sol. La influencia oriental inoculó en aquellas tribus el respeto a los muertos, junto a los cuales colocaba objetos de uso y viandas para el viaje.

Los enterramientos en recipientes de barro o cajas de piedra, pertenecen a las edades de cobre, bronce y hierro.

Si se encontrara algún dolmen, la arqueología nos dice que fueron también sepulturas comunes a las dos épocas citadas, con la diferencia de estar bajo túmulos las primitivas, y al descubierto las de época posterior.

Y en los objetos de cerámica hallados o que se hallen, se podrá estudiar el proceso del arte pictórico y de las influencias extrañas que crearon una cultura muy estimable en los iberos. Su cerámica perfeccionada simultáneamente por las lecciones de Oriente, tiene como característica de la primera época los vasos pintados con decoración lineal y sabor arcaico que subsistió muchos siglos.

De suerte que como elemento de comprobación, tenemos dos períodos: El de factura rudimentaria y grosera con raros vasos pintados, y el de cerámica artística que no recuerda ya la influencia asiática, y que subsistió hasta la edad de bronce en la que los vasos son más grandes y de forma elegante de cáliz.

Interesante será también el saber porqué son más perfectas las pinturas parietales de la primera época, que las de sucesivas edades desdibujadas, rígidas y toscas como si la técnica hubiera degenerado.

Respecto al interés que puedan prestar a la historia los descubrimientos hechos o que puedan hacerse, no se nos oculta el que ni el cuadro de la civilización prehistórica ni aun su cronología logrará formarse, pero habida cuenta de lo que se ha adelantado en estos estudios durante los últimos años, no juzgamos pecaminoso el conjeturar, que clasificados todos los elementos de juicio que de las civilizaciones primitivas se puedan derivar, la historia dará un paso gigantesco.

Interesante será el saber si lo poco que resta del recinto fortificado en Monte Gordo es de un *nuraghe* o de un *castro*, en cuyo caso la planta de edificación sería distinta. Pero... a ¿qué adelantar juicios sobre lo que presumimos oculta la Estación prehistórica de Tirig, cuando sobre lo hallado no podemos más que argumentar sobre hipótesis y enjuiciar provisionalmente?

La arqueología prehistórica está ahora en su período de desarrollo, y si aquí, imitando a preclaros patricios, proceden los iniciados a estudiar detenidamente lo que la casualidad les ha exteriorizado, el velo que oculta las primitivas edades se descorrerá lo bastante para poder forjar el eslabón que, uniendo el pasado con el presente, dé elementos al porvenir.

BARÓN DE ALCAHALÍ.